

PIEDRAS QUE LATEN

Conocido es, y a nadie se le escapa, que Aragón es la comunidad autónoma con más núcleos deshabitados de la Península Ibérica. Y que todos ellos, situados por lo general en zonas de montaña o en enclaves muy aislados, se despoblaron –principalmente– entre los años cincuenta y sesenta del siglo xx.

Una situación que no es exclusiva de Aragón, si bien estas tierras han vivido un éxodo masivo de habitantes –y no solo de pueblos que se quedaron completamente vacíos– que ha conllevado la desertización de amplios territorios hasta niveles que están por debajo de lo que se entiende como desierto demográfico. Y a ello se ha llegado por diversas causas, por la acción y desatención del dictatorial estado de aquellos momentos en su gran mayoría, por la violenta y deshumanizada actuación realizada en otros, por la falta de ayuda y dotación de medidas en muchos, por el olvido en todos.

Pueblos deshabitados que no abandonados, pues en ellos pervive la huella del hombre, de los hombres que los levantaron y mantuvieron, de los hombres que tuvieron que marcharse en esos

años pero que los mantienen vivos a través de sus recuerdos, de sus vivencias, de su visita más o menos periódica, de su vida en definitiva.

Pueblos que permanecerán con vida mientras quede algún resquicio de su otrora existencia, del devenir cotidiano allí desplegado, de las arquitecturas que los configuraban y configuran. Que permanecerán con vida mientras haya memoria de los mismos, esa memoria de su existencia y del trasiego de sus moradores que, por suerte, ya nunca desaparecerá.

Y no desaparecerá porque siguen latiendo sus piedras, siguen visitándolos con el recuerdo o con la presencia física sus antiguos habitantes y sus descendientes, siguen perviviendo en las palabras y en las imágenes de libros como éste que nos invita a viajar por el silencio, a visitar estos pueblos sumidos en un profundo sueño, a conocer esta cruda realidad de la despoblación y de los pueblos deshabitados a través de este recorrido por Los pueblos dormidos que nos ofrecen Elisa Plana con sus textos, y Alfonso López y Eduardo García con sus fotografías.

Una memoria, una existencia que perdurará para siempre en todos ellos,

que pervivirá a través de los siete casos o ejemplos escogidos para estas páginas, que son además buenos ejemplos de la diversa casuística que conllevó la despoblación del territorio, el estado de silencio y de vacío de los pueblos deshabitados: situaciones históricas y económicas –Escucha–, de aislamiento y falta de infraestructuras –Lusera, Lacasta o Júnez–, de olvido casi obligado de unas formas de vida –masías de Castellote–, de la acción destructiva del hombre –Belchite–, o de la irracionalidad y brutalidad del ser humano –Jánovas–. Una memoria que pervivirá, también, pese al empeño y ahínco mostrado por parte de algunos para propiciar su olvido, pese al saqueo que han vivido sus piedras, sus enseres y sus manifestaciones, pese a todos los intentos que ha habido para borrarlos del mapa. Que permanecerán en la memoria a través de las palabras de sus habitantes y de sus descendientes, claro signo de que todavía están vivos, como se refleja a través de los ejemplos y testimonios recogidos en estas páginas, como se refleja con los cambios que sufren con el transcurrir diario, con el paso del tiempo, mostrando casi como último hábito de vida una plasticidad de ensueño continuamente renovada.

José Luis Acín Fanlo